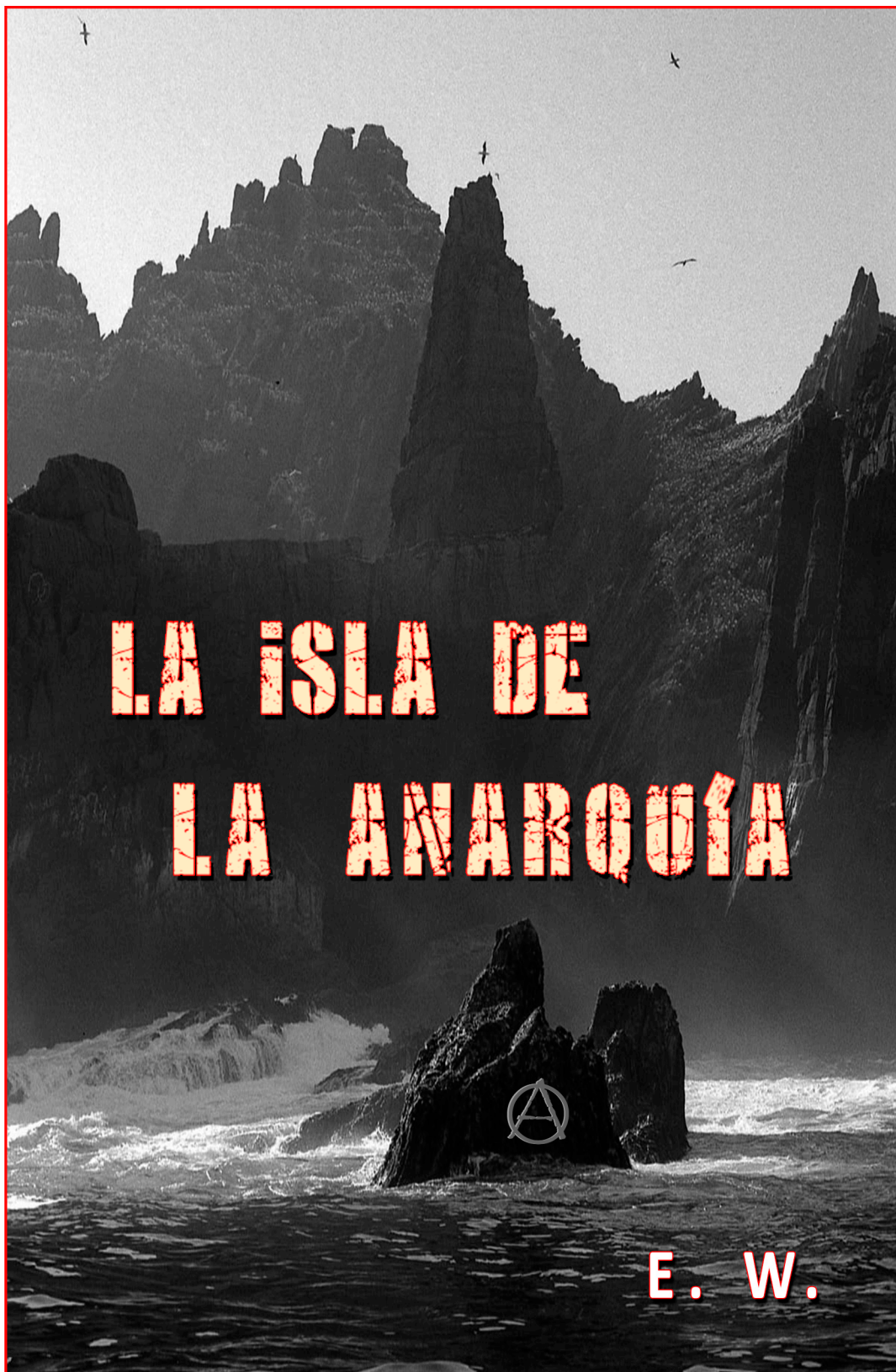




LA ISLA DE LA ANARQUÍA



E. W.

Un relato temprano (1887) sobre una utopía futurista que fracasó. Ambientada a finales del siglo XX, cien años después de su publicación, *La isla de la anarquía* narra la historia de europeos indeseados a su propio establishment (socialistas, clérigos anglicanos, nobles rusos, estudiantes idealistas...) obligados al exilio en una hermosa isla volcánica surgida recientemente del Mar del Sur.

Diseñada como una utopía, el destino de sus habitantes dista mucho de ser feliz, ya que nuevas oleadas de exiliados se unen a ellos, trayendo consigo sus propias ideas sobre cómo construir su nueva sociedad. Es una narrativa distópica que ofrece a los lectores una visión singular de la literatura anárquica como anticipación del género de la ciencia-ficción.

Atribuida generalmente a Elizabeth Waterhouse, los ejemplares originales fueron firmados por EW. Un ejemplar de este libro en la Universidad de Missouri, St. Louis, sugiere que el autor podría ser Edwin Waterhouse. Otro ejemplar sugeriría que la autora podría ser Emery Walker.

The Island of Anarchy.

A Fragment of History in
the 20th Century.

BY
E. W.

“Bind thyself with one cord.”



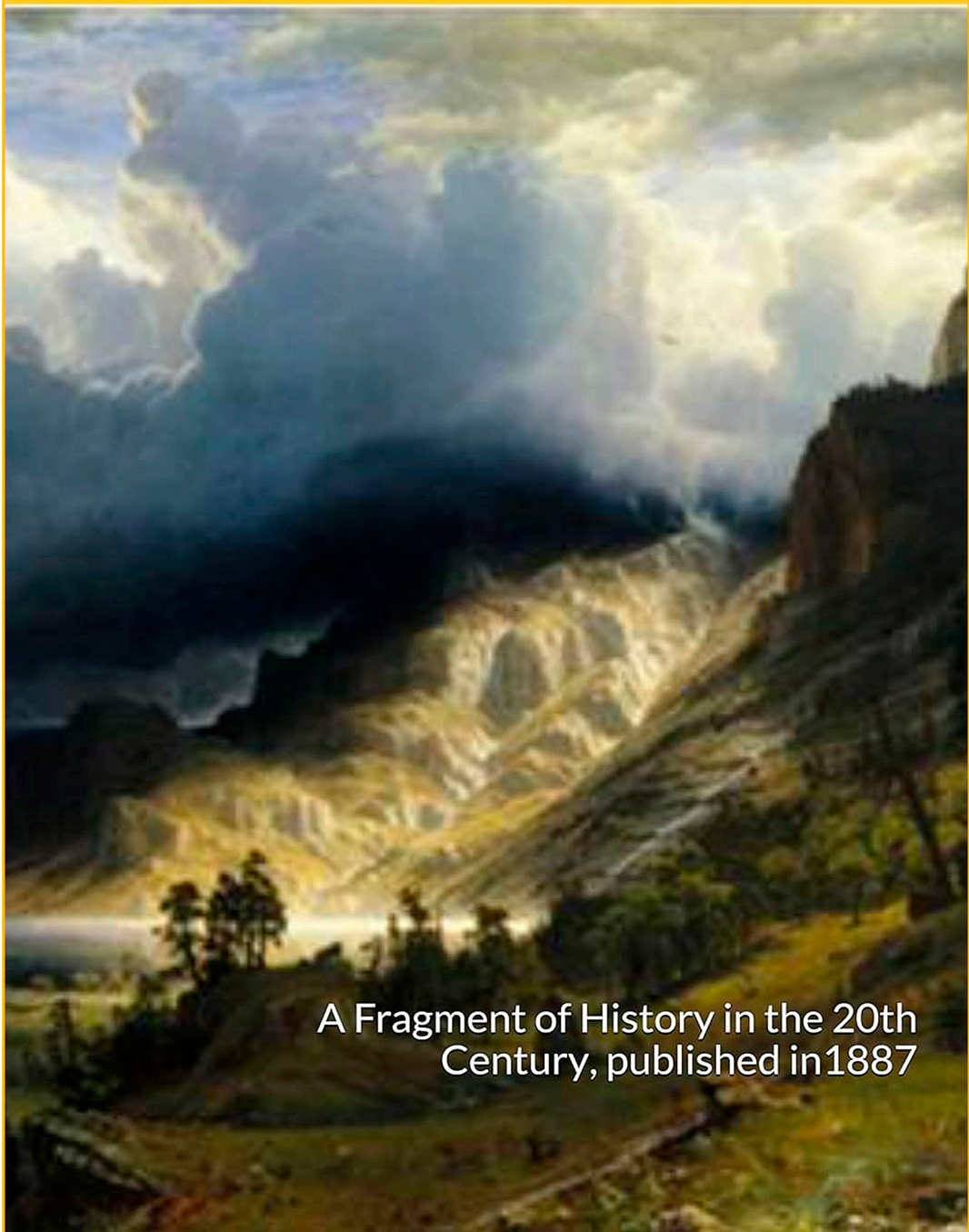
PUBLISHED BY MISS LANGLEY,
LOVEJOY'S LIBRARY, READING.
1887.

E W

LA ISLA DE LA ANARQUÍA

Un fragmento de historia del siglo XX

The Island of Anarchy by Elizabeth Waterhouse



A Fragment of History in the 20th
Century, published in 1887

Libro electrónico del Proyecto Gutenberg titulado La isla de la anarquía: Un fragmento de historia en el siglo XX.

Este libro electrónico es de uso gratuito para cualquier persona en Estados Unidos y la mayor parte del mundo, prácticamente sin restricciones. Puede copiarlo, distribuirlo o reutilizarlo bajo los términos de la Licencia del Proyecto Gutenberg, incluida con este libro electrónico o disponible en línea en www.gutenberg.org. Si no reside en Estados Unidos, deberá consultar la legislación del país donde se encuentre antes de utilizar este libro electrónico.

Publicación original: Reino Unido: Miss Langley, Lovejoy's Library, 1887

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

La isla de la anarquía, de Elizabeth Waterhouse.

Tom Ruffles

En lo que a mí respecta

El exilio

Así se desvanecieron las esperanzas de occidente

Al día siguiente se convocó otra gran reunión

“Átate con una sola cuerda.”

LA ISLA DE LA ANARQUÍA, DE ELIZABETH WATERHOUSE

Tom Ruffles

La novela corta de Elizabeth Waterhouse de 1887, *La isla de la anarquía: Un fragmento de historia del siglo XX*, describe una Gran Bretaña cada vez más intolerante que atraviesa tiempos turbulentos a finales del siglo XIX. Con el creciente desorden social, se hace evidente que la raíz del problema reside en el gobierno gerontocrático del país, que obstaculiza la implementación de medidas enérgicas para remediar la situación. Así, los jóvenes del país consiguen en unas elecciones generales una Cámara de los Comunes sin ningún diputado mayor de 35 años ni ninguna mujer; si bien ya habían comenzado a ser elegidos anteriormente, esto solo había empeorado las cosas.

La nueva Cámara no está dividida por partidos, lo que puede no ser bueno para la democracia, pero propicia una administración coordinada y fuerte, es decir, implacable (Elizabeth murió en 1918, perdiéndose así el auge de los gobiernos fascistas). El estado de derecho se aplica con rigor, tanto a los delincuentes (infractores de la ley) como a los anarquistas (negacionistas de la ley). Para lidiar con los primeros, aumenta el número de delitos capitales, incluso para los reincidentes que cometen delitos menores, y se suprime la distinción entre personas cuerdas y dementes, tratándose a todos por igual.

Sin embargo, se elimina la barbarie del proceso de ejecución, y los condenados son entregados al cuidado de la Iglesia para que puedan dedicar el resto de sus vidas a la oración y la penitencia antes de que la ejecución se administre sin dolor mediante una bebida opiácea. Para los negacionistas de la ley, el trato es diferente. Estos representan una amenaza para el orden civil.

«La anarquía, el socialismo, las ligas de libertades territoriales, la democracia comunista más o menos autóctona, y todos los matices del nihilismo y el dinamismo introducidos desde Oriente y Occidente, habían campado a sus anchas durante tanto tiempo que una gran parte de la población había llegado a creer, en la práctica, que la fuerza hacía el derecho...»

La vida se ha vuelto más fácil para la mayoría. Las mujeres evitan la política y se centran en la reforma del hogar. Los pueblos industriales han propiciado una migración masiva de las ciudades al campo, mientras que la energía eólica y mareomotriz elimina la necesidad de vapor producido a partir del carbón, lo que mejora considerablemente las condiciones de vida y reduce la miseria entre los trabajadores. Estas mejoras hacen aún más evidentes los peligros del radicalismo, pues «aparecieron bajo su verdadera bandera como enemigos de toda ley y deber, de la industria y la religión».

Para hacer frente a este peligro, el gobierno decide que la mejor manera de tratar con humanidad a los disidentes políticos es exiliarlos, negándoles el permiso para regresar bajo pena de muerte. Se les marca con un círculo rojo indeleble en la mano derecha para que queden marcados para siempre. Con ellos van diversos simpatizantes y otros grupos antisistema, en particular miembros de la (ahora disuelta) Iglesia de Inglaterra, que protestan por el trato recibido por los elementos radicales.

Inicialmente, solo fueron desterrados de Gran Bretaña, pero otros países adoptaron medidas similares, ya que los estados europeos están unidos en una confederación con un tribunal internacional que emite fallos unificados. Los exiliados son trasladados de un lugar a otro, pues ningún país está dispuesto a acogerlos, y es necesario encontrar una solución.

Se decide enviarlos a Meliora, una isla volcánica en el Pacífico Sur, donde podrán valerse por sí mismos. La isla cuenta con todo lo necesario para satisfacer sus necesidades: un clima templado, tierra fértil, alimentos y mucho espacio. Los socialistas ingleses y sus seguidores se asientan en el lado occidental de la isla, mientras que otras nacionalidades —alemanes, belgas, irlandeses y rusos— se concentran en el sur.

Pronto se forman comunidades separadas en la isla; los ingleses, más capaces que los demás, viven en armonía con la naturaleza y gestionan sus recursos de forma sostenible. Surgen disputas territoriales que desembocan en conflictos, primero verbales y luego físicos. Finalmente, estalla la violencia del sur contra el oeste, incluyendo el asesinato en masa de los clérigos cristianos del bando inglés, que son quemados vivos en su iglesia.

Solo cuando los birmanos (ahora independientes de los británicos) arrojan a la isla un grupo de bandidos sanguinarios, quienes imponen un estado de barbarie a los colonos, las distintas facciones se unen para hacer frente a la amenaza común. Cuando llega un barco con otro grupo de bandidos, ocurre un aparente desastre natural y la embarcación encalla en el arrecife, con una gran pérdida de vidas. Los bandidos restantes son desterrados a otra isla sin árboles lo suficientemente grandes como para construir barcos, de modo que los habitantes restantes pueden vivir en paz.

Tras haber sufrido considerables penurias, los isleños finalmente alcanzan una especie de equilibrio al adoptar los principios de la «anarquía cristiana». Comprenden que las leyes externas son innecesarias siempre que cada uno haya interiorizado los principios cristianos fundamentales, libres de dogmas superfluos como los representados por el clero ya desaparecido, para guiar su conducta. Solo renunciando a los intereses sectarios, trabajando por el bien común y compartiendo la propiedad, podrán vivir en armonía con la naturaleza y entre sí.

Mucho de lo que se ve aquí recuerda a Los mineros de Gerrard Winstanley. Desafortunadamente, este experimento utópico termina prematuramente a causa de un terremoto y un tsunami que inunda las zonas bajas y aniquila a toda la población, salvo a un exaristócrata ruso que, por casualidad, se encontraba fuera del alcance del tsunami en el momento de la catástrofe. Queda solo, intentando sobrevivir a duras penas en las zonas más elevadas, la única que queda habitable. Es rescatado en su extrema vejez por un barco que regresa de la recién colonizada Antártida, solo para morir poco después durante el viaje.

La historia de Waterhouse se ha interpretado como una distopía, lo que sugiere que la naturaleza humana es tal que el conflicto surgirá inevitablemente en una sociedad anárquica no sujeta al estado de derecho. Por ejemplo, Deaglán Ó Donghaile, autor de *Blasted Literature: Victorian*

Political Fiction and the Shock of Modernism , ha leído *La isla de la anarquía* con suma negligencia. Posiblemente confundiéndola con *El señor de las moscas* , ve un «colapso inevitable y brutal al transformarse de un sueño político liberal en una pesadilla de salvajismo descontrolado» (p. 231).

Por el contrario, no hay nada inevitable en ello, y tras mucha barbarie se establece la paz, aunque por medio de personas de ascendencia europea, porque los bandidos siguen siendo intocables. Ó Donghaile supone que Waterhouse indica que, en sus palabras, «los revolucionarios... no pueden erradicar las desigualdades que son inevitables en cualquier sociedad, ya que las estructuras gubernamentales son el único freno a tales tendencias». Pero esto no es lo que sugiere el ejemplo de los colonos de Meliora.

Logran establecer una utopía precisamente al desechar las restricciones externas de las normas humanas y vivir según una ley superior; Waterhouse subraya que tal forma de «anarquía» es en realidad una teocracia, pero no una impuesta por una casta. Vivir según los principios cristianos es todo lo necesario para que la sociedad prospere. Sugiere que las generaciones posteriores podrían haber vuelto a un estado de desarmonía, al olvidarse las lecciones que unían a los supervivientes, pero se libra de la responsabilidad gracias a la destrucción de la comunidad por un desastre natural, en lugar de uno provocado por el hombre.

Mientras tanto, Gran Bretaña, ahora parte de la Unión Europea (¡menuda idea!), presumiblemente se encuentra en un estado de conflicto menor sin sus disidentes. Sin embargo, desconocemos si sus habitantes están más conformes con un régimen autoritario que los meliorianos, mientras su sociedad existió sin estructuras gubernamentales que mantuvieran el orden. Waterhouse parece, sin duda, simpatizar con la sociedad melioriana igualitaria tal como se constituye finalmente y, según esta interpretación, resulta subversiva de una manera que Ó Donghaile pasa completamente por alto.

Extraído de:

<https://tomruffles.wordpress.com/2018/11/14/the-island-of-anarchy-by-elizabeth-waterhouse/>

LA ISLA DE LA ANARQUÍA

Capítulo I

«En lo que a mí respecta, estoy convencido de que, desde los treinta años, tanto mi espíritu como mi cuerpo han disminuido más de lo que han aumentado, se han debilitado más de lo que han avanzado. Puede que el conocimiento y la experiencia aumenten en ellos, junto con la vida, que bien aprovechan su tiempo; pero la vivacidad, la prontitud, la constancia y otras cualidades mucho más propias, más importantes y más esenciales, se debilitan, languidecen y desfallecen.» —Montaigne (traducción de Florio).

El final del siglo XIX, al igual que el del XVIII, fue una época de cosas terribles y extrañas, como si se estuviera convirtiendo en ley de los asuntos humanos que los atardeceres de los siglos fueran rojos de "Terror" y oscuros de desesperación.

En Inglaterra —entonces, como en el pasado, refugio de hombres desterrados— el desorden social alcanzó tal grado que pronto habría obligado a todos sus habitantes pacíficos a buscar hogares más tranquilos al otro lado del mundo, de no ser porque un hecho nuevo y extraño cambió por completo el panorama.

Se empezó a percibir, y pronto se reconoció ampliamente, que la causa de la gran debilidad e inutilidad de nuestro gobierno radicaba en la avanzada edad de quienes ocupaban los cargos más importantes. La vejez tiende a trivializar, a tomarse las cosas a la ligera y a estudiar la vida, de la cual, en el mejor de los casos, puede esperar poseer tan poco, desde un punto de vista frívolo y transitorio.

«Las cosas están bastante bien como están», dicen; «unos retoques por aquí, unas leyes ingeniosas por allá, y durarán hasta aquí; mientras tanto, hablemos entre nosotros».

La única sorpresa parecía ahora que el mundo hubiera tardado tanto en percibir esto, que la raza humana hubiera necesitado tantos miles de años para descubrir una verdad que ahora parecía tan simple y evidente como la inversa: que no sería prudente confiar asuntos graves a niños en su primera década de vida.

Y así, los hombres más jóvenes de Inglaterra, mediante un esfuerzo repentino y unido en las elecciones generales de 19—, consiguieron el regreso a una Cámara de los Comunes

que no contenía a ningún hombre mayor de treinta y cinco años, ni a ninguna mujer: (porque las mujeres habían empezado a entrar y a empeorar las cosas).

Esta Cámara de los Comunes, fuerte, decidida a trabajar de verdad y no dividida por partidos, ese pasatiempo frívolo de políticos demasiado mayores para otros juegos, aprobó sin dificultad una sabia ley de jubilación. Y el gobierno del país, así por fin capaz de gobernar de verdad, logró que el casi naufragio de nuestro desafortunado Estado volviera a tomar el timón y se dirigió hacia ese puerto de orden pacífico y gobierno estable que los hombres recordaban con tristeza como un paraíso perdido o anhelaban como una "Atlántida" inalcanzable.

En aquellos tiempos, la idea de que las leyes están hechas para ser obedecidas había pasado de ser una verdad evidente a una falacia. Era el principio fundamental del nuevo Gabinete.

Este principio debía quedar claro para dos clases: los delincuentes, o infractores de la ley; y los anarquistas, o negacionistas de la ley.

Hablaremos primero del primero de ellos. Resulta difícil creer que en aquella época existiera en Inglaterra lo que se denominaba "las clases criminales": miles de hombres, mujeres y niños que vivían continuamente delinquiendo, mientras otros se dedicaban al comercio, la agricultura y

actividades similares, pasando gran parte del tiempo en prisión y sin desear ni realizar jamás ningún trabajo honrado.

El joven gobierno se propuso poner fin a esta situación.

En lugar de avanzar hacia esa indulgencia universal y descuidada que los filántropos de antaño se habían propuesto como meta —eludiendo la pena capital durante un tiempo y finalmente aboliéndola—, estos gobernantes, con la implacable severidad de la juventud, ampliaron el ámbito de los delitos castigados con la muerte. A aquellos cuyas vidas perjudicaban a la comunidad inocente, solo se les podía mostrar misericordia, según sostenían, a expensas de aquellos a quienes realmente se les debía misericordia, es decir, protección. No solo todos los que atentaban contra la vida de otros, o incluso intentaban hacerlo, sino también todos aquellos que, tras repetidos castigos menores, seguían viviendo como malhechores, eran considerados indignos de seguir viviendo —y esto sin hacer distinción alguna entre cuerdos y dementes—, ya que la existencia de estos últimos se consideraba aún más perjudicial para el Estado que la de los primeros y, por otro lado, menos valiosa para ellos mismos.

Pero si bien la pena de muerte era segura y frecuente, ya no se infligía de la manera bárbara que continuó, un anacronismo espantoso, durante el reinado de la bondadosa Victoria.

Aquellos cuyas vidas habían sido condenadas eran reclusos temporalmente —la duración dependía de diversas circunstancias— en un lugar de solemne reclusión, al cuidado de una comunidad de hombres y mujeres santos, y que se encontraba bajo la autoridad de la Iglesia más que del Estado. En efecto, el Estado ya había terminado con ellos; estaban privados de su condición de ciudadanos; solo quedaba que la Iglesia los guiara con bondad por senderos de penitencia y oración hasta la puerta de una nueva vida, una nueva esperanza, donde esto fuera posible. Para algunos, para muchos quizás, el alma parecía muerta antes que el cuerpo.

Cuando llegó el momento, rodeados por una solemne compañía de los "Hermanos de la Muerte", cuyas oraciones e himnos solemnes hacían que los últimos momentos fueran hermosos para los arrepentidos y terribles para los insensibles, los condenados bebían un opiáceo que les cerraba los ojos en un sueño indoloro del que no despertaban, mientras quienes los rodeaban seguían orando por el espíritu que partía hacia un juicio superior.

Se contaban hermosas historias de algunos que, en la quietud de sus celdas, ayudados por la tierna atención de los Hermanos y Hermanas, llegaron a reconocer con angustia y arrepentimiento la pecaminosidad de su pasado, y a regocijarse al pensar en partir, rociados con el rocío de la penitencia y el perdón, lejos de un mundo cuyas tentaciones habían sido demasiado fuertes para ellos. Ofrecieron

voluntariamente sus vidas perdidas y se alegraron de poder entregarlas.

Los niños que habían cometido delitos, tras recibir el castigo correspondiente, eran internados en centros donde se les sometía a una estricta disciplina y se les instruía cuidadosamente. A una educación básica en materias generales se les enseñaban los rudimentos de algún arte útil. Las niñas eran instruidas en las tareas domésticas, y todos, tan pronto como alcanzaban la mayoría de edad, eran trasladados de estos centros a lugares donde se desconocía su pasado, a menos que demostraran estar tan arraigados a sus antiguas costumbres y tan decididos a retomarlas que esto resultara perjudicial para el Estado.

En estos casos, que fueron muy pocos, fueron tratados de la misma manera que los delincuentes reincidentes de los que acabo de hablar.

No faltaban personas inteligentes para quienes la pena de muerte por una vida malgastada parecía algo terrible e incluso perverso. Sin embargo, no solo se había aplicado tal castigo por delitos similares en tiempos de la reina Isabel y de otros soberanos, sino que, incluso a principios del siglo XX, la guerra entre naciones civilizadas se consideraba justificable, y la profesión de soldado se veía incluso como una vocación noble y cristiana. Las mismas mujeres cuyos corazones tiernos clamaban contra la nueva ley enviaban a sus jóvenes hijos, con su bendición, a enfrentarse a la muerte

junto con otras víctimas inocentes e involuntarias en una causa que, a menudo, a ninguna de ellas le importaba. Quienes perecieron en la guerra, creyendo que luchaban por el honor de su país, se contaban entre los mejores y más valientes de la nación: hombres para quienes la disciplina y el orden eran su esencia misma. Aquellos a quienes la nueva ley excluía de la vida apenas merecían el nombre de hombres, y eran más hostiles a su país que cualquier soldado de otros estados.

Este fue, pues, el rumbo adoptado con respecto a los infractores de la ley. Ahora debemos hablar de los negacionistas de la ley. La anarquía, el socialismo, las ligas de libertad territorial, la democracia comunista, más o menos autóctona, y todas las variantes de nihilismo y dinamismo introducidas desde Oriente y Occidente, habían campado a sus anchas durante tanto tiempo que una gran parte de la población había llegado a creer, en la práctica, que la fuerza hacía el derecho, y que los problemas de las primeras etapas de la barbarie se presentaban ante los ojos de los hombres como producto de una civilización demasiado madura.

Era cierto, y los jóvenes gobernantes lo reconocían, que gran parte del descontento de las clases más pobres tenía su origen en la indiferencia y el lujo egoísta de los ricos, pero esa causa ya había sido eliminada en gran medida, y de dos maneras.

Las mujeres, tan instruidas como los hombres y ahora lo suficientemente sabias como para comprender que estaban destinadas a cosas mejores que la política, volcaron sus pensamientos en las reformas del hogar. Su elevado nivel de principios y su refinado gusto las llevaron a despreciar lo ostentoso o costoso en la vestimenta, el equipamiento, la comida o el mobiliario, considerándolo esencialmente vulgar o, en el mejor de los casos, bárbaro. Así, su discreción y sencillez dejaban poco margen para la ostentación entre ellas y las mujeres ahorradoras de clase más humilde, y ese margen se superaba mediante el trato amable, el intercambio de conocimientos y la empatía propia de la inteligencia superior.

Este fue un gran factor para el bien. El otro fue el hecho de que muchos propietarios de tierras habían destinado grandes extensiones de terreno a la creación de pueblos industriales, e incluso aquellos que no sentían compasión por los pobres ni entusiasmo por el bien de su país, en parte por moda y en parte porque estos proyectos resultaron no solo útiles para los pobres sino también beneficiosos para el terrateniente, se unieron para apoyar la importante labor de trasladar a la población de las ciudades al campo¹.

1 ¡Qué poco se pensaba en aquellos días felices de dónde vendría la tormenta de la invasión, o cómo todo el orden del mundo civilizado se hundiría una vez más bajo olas de barbarie! Podríamos, en efecto, desesperarnos ahora, pero así como de cada ola de barbarie en épocas pasadas surgió un mundo

El desuso gradual del vapor, con todos sus sombríos efectos —cielos ennegrecidos y chimeneas antiestéticas—, permitió que casi todas las industrias se desarrollaran en condiciones saludables y agradables. En cada colina, hileras de molinos de viento captaban la energía que producía electricidad y la almacenaban para el uso del pueblo; mientras que en cada arroyo y en cada costa bañada por las mareas, la fuerza del agua se aprovechaba de la misma manera, convirtiéndose en un recurso permanente y continuo.

Así, la verdadera miseria de los pobres honrados en Inglaterra se estaba convirtiendo en cosa del pasado, y la gran clase de personas cuyo oficio era el descontento ajeno se volvieron a la vez más temerarias y peligrosas cuando, despojándose de todo disfraz y separándose de aquellos cuyas injusticias habían dado color a sus planes, aparecieron bajo su verdadera bandera como enemigos de toda ley y deber, industria y religión.

El joven Gabinete comprendió de inmediato la manera de afrontar la situación. Quienes no obedecieran las leyes de un país debían buscar refugio en otro. El destierro parecía, a la vez, el castigo más leve y razonable (si es que puede llamarse así): no la deportación a algún lugar específico, sino simplemente el exilio de Inglaterra y de todos los dominios y

mejor que el anterior, de la profundidad de nuestra aflicción puede surgir ahora lo mejor de todo: la nueva tierra a la que descenderá el nuevo Cielo.

colonias británicas —la Gran Federación estaba absolutamente unida en este importante asunto— bajo pena de muerte si el desterrado regresaba.

Tras ser declarado culpable, el anarquista fue marcado, de forma indeleble y sin dolor, con una O roja como señal de proscripción, y recibió su sentencia de destierro; y de esta manera, miles de descontentos y ociosos fueron inmediatamente expulsados de nuestras costas.

Algunos pertenecían a la clase más baja y violenta, gente naturalmente grosera y sin ley, pues carecían de un orden interno (aunque, como se ha demostrado, quienes llevaban una vida delictiva recibían un trato diferente); y entre ellos, indignados por la nueva ley y, por lo tanto, fervientemente dispuestos a compartir el destino de los exiliados, se encontraban hombres y mujeres de una clase social muy superior, equivocados, pero noblemente injustos. Algunos eran poetas, historiadores, visionarios religiosos, mujeres cuyos sueños de un milenio se basaban en una falsa concepción del origen y la esencia de la ley. Todos estos últimos se entregaron de inmediato y extendieron la mano derecha que había sostenido la pluma, bendecido el cáliz o consolado la frente moribunda, hacia el círculo en el que se glorían como señal de su solidaridad con los oprimidos.

Al principio, el resultado fue, por supuesto, que en otros países los anarquistas encontraron oyentes para sus doctrinas y seguidores dispuestos a apoyar sus planes

destructivos, pues la falsa idea de que la anarquía es libertad era bien recibida por los ingenuos. Pero uno a uno, los países a los que habían huido siguieron el ejemplo de Inglaterra y desterraron también de sus costas a los hombres y mujeres de la derecha roja. En aquellos días, los Estados de Europa ya estaban unidos en una especie de confederación, con una Corte Internacional en la que se discutían asuntos de interés común, y se acordó que debía encontrarse un lugar para la creciente nación de forajidos, que de otro modo podría suplicar con razón un hogar en un estado que respetara la ley como una mera necesidad humana².

Durante la terrible época de actividad volcánica que comenzó alrededor de 1885 y duró casi medio siglo, numerosas costas e islas quedaron sumergidas, con la consiguiente pérdida de vidas humanas y de los frutos de la actividad humana. Entre ellas, la hermosa isla de Meliora, en el Pacífico Sur, fue escenario de la repentina formación de un volcán y de una erupción espantosa. Parecía como si el corazón entero de la isla se hubiera derramado durante días y noches en el cielo sofocante, para luego hundirse en el mar y desaparecer para siempre.

Tras varios años, el capitán de un buque mercante, buscando con su carta náutica corregida el círculo de arrecife

² Un artículo muy interesante del profesor Seeley, publicado en una revista del siglo pasado, contenía la primera profecía sobre este Tribunal Europeo. Véase Macmillan's Magazine, marzo de 1871.

de coral que marcaba la ubicación de la isla perdida, vio con asombro a Meliora resurgir del mar, coronada por el amplio cráter de su fatídica montaña y ya cubierta de una vegetación exuberante. Parecería extraño que su reaparición no hubiera sido notada por otros barcos, ya que los árboles que la cubrían indicaban que debía haber estado sobre el agua durante algunos años; sin embargo, esto no resultará sorprendente si se tiene en cuenta que ninguna ruta habitual para los barcos los llevaba a la vista de la isla, y que los nuevos arrecifes que la habían formado a su alrededor por la acción del volcán eran tan peligrosos que los capitanes que se adentraban en esas aguas evitaban su proximidad. La línea de arrecife de coral que rodeaba la isla no se había hundido más que unos pocos metros, por lo que la densa vegetación de cocoteros que la cubría no se había sumergido, y sin duda, en cuanto Meliora emergiera de las olas, las semillas de estos cocoteros comenzarían de inmediato a echar raíces y a crecer rápidamente en aquel maravilloso suelo y clima.

Cuando el capitán del “Ville d'Is”, desviado de su ruta por vientos adversos, vio la maravilla de la tierra restaurada, fue en el momento de perplejidad del que he hablado sobre dónde debería encontrar un hogar la nación proscrita.

Los gobiernos unidos de Europa decidieron de inmediato ofrecerles transporte a esta isla, una oferta que la mayoría aceptó con gusto, ya que habían sido perseguidos de país en país y estaban muy cansados de su vagar.

En efecto, ¿qué otra opción les quedaba, puesto que entrar en cualquier país civilizado, cualquier país regido por un estado de derecho establecido, era morir?

Desde todos los puntos cardinales, barcos con diversas banderas entraron en el círculo de arrecifes que rodeaba Meliora y desembarcaron a sus extraños pasajeros en aquella hermosa costa.

Una tierra lo suficientemente grande para todos, fértil como un jardín de ensueño, con un clima perfecto y abundante en todo lo que pudieran necesitar para comer, vestirse y refugiarse, ¿qué más podían desear los forajidos?

Capítulo II

“El exilio es cuando un hombre, por un delito, es condenado a abandonar el dominio de la república, o una parte determinada de ella, y durante un tiempo preestablecido, o para siempre, no puede regresar; y no parece, por su propia naturaleza, sin otras circunstancias, ser un castigo, sino más bien una evasión o un mandato público para evitar el castigo mediante la huida.”—El Leviatán de Hobbes.

Los primeros en desembarcar en Meliora fueron un grupo de socialistas ingleses, a quienes algunos de los más destacados, que así se autodenominaban, se aseguraron de unir. Eran hombres de visión de futuro e ingenio, y la verdad de que las circunstancias de los hombres están determinadas por su naturaleza interior nunca se hizo más evidente que en la diferencia que pronto se manifestó en los

hogares de los nuevos colonos. El líder de este selecto grupo era un anciano erudito que en su juventud se había distinguido en muchos aspectos, pero, convencido de que la solución a un mundo enfermo residía en el socialismo, había dejado de lado todo aquello que le había granjeado fama y prestigio por este sueño, sellando su elección con firmeza.

Para él, en su vejez, tras años de vagabundeos desolados, la idea de un hogar en una nueva Atlántida era, sin duda, bienvenida: el suave y dulce aire de los mares del sur, la hermosa vegetación y la extraña y fantástica historia de la isla despertaron los viejos sentimientos poéticos de su juventud, y parecía como si su misión en el mundo encontrara allí su plenitud y hallara la armonía perdida con los anhelos anteriores de su genio e imaginación.

Gracias a su ayuda y consejo, se organizó el primer asentamiento en la tierra, se construyeron casas adecuadas al clima, se sembraron maíz y otros cultivos para los que habían traído una reserva común de semillas para la próxima temporada, y a cada uno se le asignó una parte igual de la tierra fértil en la que solo había que trabajar tanto como la que encontró Adán en el Paraíso de Milton.

Algunos, por supuesto, eran más laboriosos, otros más ingeniosos. Algunos tenían menos vigor físico; entre estos se encontraban aquellos de quienes he hablado como los elegidos: el viejo erudito y un pequeño grupo de jóvenes clérigos, «sacerdotes» de la Iglesia de Inglaterra.

Esta Iglesia, desde el momento de su separación del Estado, había comenzado una nueva vida: había demostrado de inmediato su vitalidad deshaciéndose de algunos de sus antiguos organismos en desuso y adaptándose con rápida simpatía a las necesidades de un orden de cosas cambiado.

Los jóvenes sacerdotes de los que he hablado creían que los hombres habían perdido de vista la gran idea comunista del cristianismo primitivo, y se empobrecieron y se quedaron sin hogar por causa de su credo. Verdaderos hermanos de la Cruz eran, no por ello menos dispuestos a unirse a los marginados, aunque la mayoría de ellos negaran la fe cristiana con sus labios. Algunos de ellos, sabían, la reconocían en sus vidas, mientras que en la multitud que rechazaba toda ley y elegía el mal en lugar del bien, reconocían a las ovejas perdidas a las que, de ser posible, tenían la misión de reconducir³.

Estos hombres, que eran menos fuertes físicamente que muchos otros, eran mucho más hábiles en el uso que hacían de las ventajas que todos compartían por igual, e incluso las mujeres, de las que había llegado un pequeño grupo de entusiastas, eran tan sabias y trabajadoras en la construcción de sus sencillas casas y en el cultivo de sus pequeñas parcelas, que el extremo occidental de la isla, donde estos elegidos se asentaron, pronto se convirtió en un

3 Las mujeres. Por supuesto, aquí no me refiero a las esposas de los anarquistas, algunas de las cuales acompañaban a sus maridos.

asentamiento próspero y agradable, mientras que las casas de los menos inteligentes, incluso de aquellos que eran muy fuertes físicamente, eran de peor construcción, sus tierras estaban peor cultivadas y entre ellos prevalecía una forma de vida y ocupación completamente diferente.

Y esto a pesar de que la pequeña hermandad de sacerdotes no tuvo hogar más allá de un rudimentario refugio contra el viento antes de haber construido, con la mejor habilidad que poseían y con toda la ayuda que pudieron conseguir, una iglesia donde se ofreciera un culto diario de la más sencilla índole.

Durante un tiempo, todo marchó muy bien; los miembros de la selecta compañía compartían con entusiasmo todas sus habilidades y conocimientos. El anciano erudito del que he hablado aconsejaba sobre la construcción de cada nueva vivienda; quienes tenían las mejores cosechas compartían con quienes tenían menos, y en toda la pequeña colonia del oeste de la isla, un exilio común generó un sentimiento de lealtad mutua y un deseo de bien para la comunidad, al que incluso aquellos que profesaban no creer en ningún orden moral cedieron durante un tiempo. No puedo decir que la iglesia de madera blanca entre los árboles del pan tuviera muchos feligreses, pero al menos la Hermandad Cristiana era vista como un elemento inofensivo y bondadoso en la nueva sociedad.

Algunos nobles y estudiantes rusos figuraban entre los siguientes en llegar. Estaban llenos de entusiasmo por el futuro del asentamiento, aunque indignados por su destierro, y un tanto celosos del orden establecido que encontraron en la isla y de la influencia del Erudito y los Sacerdotes. El primero, por el amor y la estima que muchos le profesaban, e incluso por la belleza de su venerable semblante, les parecía peligrosamente un patriarca o un jefe, y la superioridad de las viviendas occidentales les resultaba un signo de algo reaccionario. Construyeron sus casas con cierta negligencia y reunieron pequeños grupos a orillas de la laguna con quienes conversaban en voz baja y solemne, en un inglés excelente, sobre la belleza de la Anarquía y el Nihilismo, glorificando la ausencia de ciertas cosas como una presencia más que ninguna religión o filosofía lo había hecho antes. La «Nada» de Molinos, el vacío del Nirvana, les habría resultado demasiado real.

Sus ideas no siempre fueron bien recibidas, pues incluso los socialistas más radicales difícilmente podían ver un motivo para las denuncias destructivas en el simple orden que para ellos era una garantía de libertad individual.

Pero se avecinaba un cambio.

No voy a escribir aquí la historia de la gran revolución irlandesa que siguió a la separación de ese país de Inglaterra. Es bien sabido lo terrible que fue aquella época, y cómo, cuando todos estaban hartos y cansados de los horrores de

la guerra civil, se produjo un giro radical hacia el orden y un gobierno autoritario; imploraron un rey de la familia real inglesa, y un gabinete fuertemente conservador en Dublín desterró a gran parte de los que quedaban del partido disidente.

Estos fueron los hombres que desembarcaron a continuación en Meliora. Estaban furiosos contra su propia Iglesia a raíz de la sabia postura adoptada por el Papa y los obispos irlandeses contra el partido revolucionario. Por lo tanto, eran enemigos de todas las creencias y formas de religión, y, por supuesto, también albergaban el antiguo resentimiento contra toda la raza inglesa.

Al mismo tiempo, un gran número de socialistas alemanes y belgas de la índole más violenta también desembarcaron en la isla, y no tuvieron ninguna dificultad en entablar amistad de inmediato con la compañía irlandesa, ya que el sistema educativo alemán los había hecho tan expertos en el uso de lenguas extranjeras como ignorantes de los primeros principios de la ley moral y de todas las teorías sólidas de gobierno y economía política.

Estos recién llegados se asentaron en el sureste de la isla, donde abundaban los bosques de cocoteros, plataneros y árboles del pan. Comenzaron a talarlos de inmediato para usar la madera en la construcción de sus casas, de forma tan derrochadora que cortaron con la misma facilidad los árboles que, si bien eran valiosos por su fruto, tenían poca

utilidad como madera. De hecho, para las casas que deseaban, bastaba con madera mucho más pequeña. El abundante hibisco les habría proporcionado todo el material necesario en ese clima, donde las viviendas sólidas y sustanciales son completamente innecesarias.

No contentos con la destrucción indiscriminada en su propio distrito, no dudaron en empezar a talar árboles del arrecife rico en cocoteros que bordeaba la laguna mucho más al oeste de su asentamiento.

Una suave protesta de aquellos a quienes llamaré el grupo occidental despertó sentimientos de ira e irracionalidad en estos hombres de ideas violentas, y surgió entre ellos, de forma casi desconocida, la idea de construir barcos con los que pudieran salir a someter algunas islas vecinas. Al mismo tiempo, tenían un plan para construir defensas en su propia costa contra los ataques que pudieran provocar de esta manera. Y, más tarde, mostraron indicios de erigir una especie de empalizada que, junto con la abrupta línea de la gran montaña y sus crestas de cráteres rotos, los separaría del asentamiento occidental. Al principio, como ya se ha dicho, el plan que los llevó a talar el bosque era principalmente la construcción naval. El grupo occidental se opuso firmemente a esto.

¿Qué sentido tenía, en efecto, semejante proyecto? Todas las islas del Pacífico Sur, en las que ya se vislumbraba su gran futuro, pertenecían a la Federación Británica. Desembarcar

en cualquiera de ellas solo podía significar desafiar todo el poder de dicha Federación, imponer nuevas leyes represivas y, posiblemente, la presencia de tropas en la isla⁴.

Y esto, una lucha mezquina e inútil contra las leyes de un país poderoso en lugar del futuro pacífico que la isla podría haber anhelado —un futuro no de conflicto, sino de libertad y paz, como creían los entusiastas occidentales— un futuro en el que cada hombre debería ser ley para sí mismo, en el que cada uno debería trabajar voluntariamente para todos— un futuro del que el viejo mundo, con sus ideas desgastadas, debería aprender esta lección: que estar sin leyes no era ser anárquico, y que la libertad de formas de gobierno externas no significaba la esclavitud al egoísmo y la pasión.

Tales consejos de perfección no encajaban con las ideas más descabelladas de los colonos del sur y del este. Las protestas del oeste fueron recibidas con numerosos gritos de indignación. Los irlandeses afirmaban que no habían viajado al otro lado del mundo para someterse de nuevo al dominio inglés; los rusos, que no querían ser gobernados por sacerdotes; y los alemanes, con todo tipo de argumentos sin fundamento alguno.

4 Tropas. Esto no debe entenderse como si en aquel entonces existieran ejércitos nacionales. Los Estados Unidos de Europa y América mantenían una gran fuerza militar, que se enviaba de un lugar a otro según se necesitara, como representante del Poder que preservaba el orden del mundo civilizado y controlaba a los pueblos aún salvajes o indómitos.

Al cabo de un tiempo, se convocó una especie de parlamento en un anfiteatro formado por uno de los cráteres de la gran montaña. Nadie podía imaginar que aquel extraño lugar de reunión hubiera sido entregado tan recientemente a los dos elementos más feroces de los cuatro primordiales en los que creía el viejo mundo: el ímpetu del Fuego furioso o el embate de las olas tempestuosas bajo las que había reposado un breve tiempo, pero el suficiente para que las laboriosas criaturas coralinas lo hubieran reclamado como su base. Ahora parecía como si la Tierra, desde el principio, lo hubiera sostenido en sus verdes brazos, y como si el suave Aire hubiera llevado inmemorialmente de un lado a otro los aromas soñolientos de sus maravillosas flores.

Allí se reunieron, el partido occidental de pie, lealmente, en torno a sus líderes y oradores principales: el anciano erudito del que he hablado, los jóvenes sacerdotes y un numeroso grupo de obreros ingleses que creían fervientemente en la idea comunista. No diré que, al debatir sobre los asuntos de su isla, su nacionalidad y opinión siempre se mantuvieran unidas. Había algunos ingleses de baja condición que aplaudían al partido violento y belicoso; había un grupo de rusos más sabios y cultos que se dejaron convencer por las palabras de Occidente; había hombres moderados entre los alemanes y belgas; pero los irlandeses, en su mayoría, eran partidarios del hacha y la espada. En ese momento quedó claro que los moderados eran minoría; no tenían ninguna fuerza a la que pudieran recurrir y, al ponerse

el sol tras la colina donde se encontraban, se dieron la vuelta y emprendieron el camino de regreso a casa con cierta tristeza.

Aún quedaba un último intento por hacer. El bando occidental, gracias a la oposición del Sur, estaba ahora unido por una verdadera unidad de pensamiento. Podían, al menos, intentar persuadir mediante conversaciones individuales a algunos miembros del bando contrario; de hecho, como ya he dicho, algunos de los nihilistas rusos más destacados ya se habían convencido, y estos podrían influir en su propio pueblo.

Así pues, durante un tiempo, aunque sin mucha esperanza, mensajeros del Oeste ofrecieron consejos más conciliadores, recorriendo las colinas individualmente para hablar con quien quisiera escuchar. Los jóvenes sacerdotes incluso intentaron recordar a algunos colonos del Sur el sentido del deber y la sabiduría divina, predicando la alegría de una vida en la que cada uno vivía para sus semejantes, en contraste con la miseria de aquel estado en el que cada uno luchaba por su propio beneficio, peleando como bestias salvajes. Pero aunque algunos pocos, conmovidos por palabras que evocaban un pasado inocente, se inclinaron al menos a considerar su significado, pocos estaban dispuestos a recibirlas, y para la mayoría la Cruz no parecía más que un emblema desgastado del credo de los opresores.

Finalmente, el único resultado de todos estos esfuerzos fue suscitar la oposición de los líderes del Sur, quienes iban y venían denunciando a los del Oeste, avivando las pasiones de sus propios seguidores con llamamientos violentos y airadas denuncias, hasta que llegó aquel día que todos habían previsto. ¿Cómo no iba a llegar? Sin embargo, según quienes quedaron para contar la historia, parecía como si algo tan horrible no pudiera ocurrir en aquel aire dulce y apacible, bajo aquel sol cálido, atemperado por suaves brisas y perfumado con mil flores. Conflicto, tumulto y crueldad: ¿qué tenían que ver con semejante escena?

Era domingo por la mañana. Todos los occidentales se habían congregado dentro y alrededor de la iglesia, cuyas arcadas abiertas permitían a los de fuera unirse libremente al culto de los que estaban dentro. La iglesia era, en efecto, demasiado grande para la mayoría de la gente que quería entrar, pero ese día el presentimiento de problemas inminentes unía a toda la comunidad.

De repente, al oírse las oraciones, se escucharon los gritos estridentes y las risas horribles de sus enemigos; una multitud enardecida se precipitó entre los árboles y, formando un círculo alrededor de la iglesia y la multitud arrodillada, pidieron a quienes más odiaban de toda aquella concurrencia: el erudito y los sacerdotes.

A decir verdad, el viejo erudito no sentía aprecio por los credos; le importaban poco las iglesias, aunque a sus clérigos

había llegado a honrarlos como hombres: buenos, sabios, amables y sinceros. Se complacía en creer que no era cristiano, pues no se conocía a sí mismo. En verdad amaba a Cristo en sus pobres, y en estos hombres sus siervos, y había vivido durante mucho tiempo, aunque, como se ha dicho, sin darse cuenta, la vida de la cruz. Hacía tiempo que había dejado de lado su ego, en la medida en que puede hacerlo quien aún vive en la carne, solo que nunca había alzado la vista al rostro de Aquel que lo guiaba de la mano. Por lo tanto, no estaba dentro de la iglesia, sino un poco apartado, bajo un árbol del pan.

Pero al oír que lo llamaban por su nombre, se acercó, se detuvo en los escalones de la puerta y habló con los líderes de la multitud. Les dijo que podían hacer con él lo que quisieran, pero les suplicó una vez más que consideraran el bien de la paz y la seguridad de toda la isla. Les rogó que perdonaran a los sacerdotes que habían venido a servirles, a enseñar a sus hijos y a ayudar a todos con sabios consejos y el ejemplo de una vida virtuosa. Mientras hablaba, aquellos hombres, tras haber terminado sus oraciones con reverencia, se acercaron y se colocaron a su lado. Entonces la multitud prorrumpió en gritos descontrolados y los empujó de vuelta a la iglesia, mientras que algunos de ellos, impulsados por una repentina voluntad maligna, prendieron fuego al endeble techo de madera del pórtico.

Fue solo por un instante que las llamas recorrieron los muros secos y delgados, ascendieron por la aguja de madera

y se alzaron como una columna de un rojo escarlata pálido y brillante contra el verde intenso de los altos árboles de fruta del pan. Los presentes en la iglesia vieron que no había escapatoria, y el más joven de los sacerdotes, un muchacho de aspecto juvenil que en Inglaterra había reflexionado mucho sobre estolas y albas, entonó en voz baja el himno que tenían previsto cantar al final del servicio. Todos se unieron a una sola voz, y solo cuando las llamas los envolvieron y los asfixiaron, el sonido de su canto se desvaneció: ni un gemido, ni un grito de auxilio, ni una lucha por escapar, sino solo un solemne y triunfante canto de mártir, y todo quedó en silencio. El anciano erudito murió en los escalones del altar, como lo reconocieron por su anillo de sello, una antigüedad de gran belleza, en la que estaba grabada la figura de un hombre atado por las manos y los pies extendidos, que se cree representa a Prometeo encadenado a la roca.

Capítulo III

“Esta es la sierva justa, la consoladora.”

Así se desvanecieron las esperanzas de Occidente. El tiempo que siguió fue de caos absoluto. La violencia era la única ley, y quienes escaparon en aquel terrible día se entregaron, sumidos en una miseria desesperada, a los desórdenes que no podían evitar ni controlar. Siempre hubo algunos que anhelaban el orden y la paz, y lloraban en silencio a sus líderes caídos; pero ninguno tuvo el valor de alzar la voz.

Fue en aquellos días cuando se avistó un barco de aspecto extraño que se acercaba a la entrada de la laguna, el cual, pasando rápidamente hacia el norte de la isla, una región rocosa y desierta aún sin habitar, desembarcó allí a un gran

número de pasajeros, y antes de que el resto de los habitantes pudieran cruzar la montaña y descubrir quiénes eran los recién llegados, el barco que los trajo había desaparecido de nuevo en alta mar.

Una partida sigilosa y poco sorprendente, pues el gobierno de Birmania temía seriamente si sus pasajeros serían bien recibidos o tolerados incluso en la Isla de los Forajidos. Se trataba de un numeroso grupo de bandidos sin ley, conocidos en aquel entonces como dacoits, el terror de Birmania⁵.

Estos hombres pronto descubrieron que habían desembarcado en la parte menos fértil de la isla, y comenzaron a subir a las alturas y a saquear a los colonos más antiguos para obtener todo lo que necesitaban, incluso expulsándolos de sus hogares y apoderándose de ellos.

No existía un gobierno ni un orden establecido al que se pudiera recurrir; la única regla era "sálvese quien pueda". El número de los primeros colonos se vio muy reducido por los años de conflictos y violencia, y aunque algunos de los que llegaron a la isla siendo niños ya eran adultos, no eran muchos. El hecho de que entre los colonos más antiguos hubiera algunos con familia representaba una gran debilidad para ellos frente a los recién llegados, pues incluso los más

⁵ Antes de este momento, Birmania había dejado de estar gobernada por Inglaterra, tras haber insistido en la autonomía.

incivilizados del viejo Sur temían los ataques de estos salvajes merodeadores contra sus frágiles mujeres y niños.

De este modo, la presencia de los bandidos provocó un cambio inmediato en la isla.

Los problemas comunes a los que ahora estaban expuestos inclinaron a los primeros colonos a mirarse unos a otros con ojos más amistosos, y de hecho creo que para entonces todos comenzaban a cansarse un poco del conflicto, así que se reunieron y decidieron tomar medidas para unirse y hacer retroceder a los bandidos hacia el norte, o al menos someterlos de alguna manera.

Pero esto no fue nada fácil. Hombres que no tenían escrúpulos para asesinar a medianoche y que se deleitaban torturando a niños pequeños delante de sus madres, solo podían ser enfrentados por una fuerza perfectamente organizada y contundente, y los líderes del partido que ahora representaban el orden de la isla comenzaron a temer que no perecieran todos a manos de estos salvajes invasores. Podría ser así, pero lo mejor de estos hombres se alzó para afrontar el peligro y defender sus hogares. Comenzaban a comprender el significado de la unión, de algún tipo de ley, del sacrificio de la voluntad de cada uno por el bien común, cuando ocurrió algo nuevo.

Algunos bandidos que acababan de ser expulsados de una expedición de saqueo eran hombres que habían aprendido

algunas palabras de inglés, y mientras se retiraban con aire hosco, profirieron terribles amenazas contra sus oponentes, diciendo que las cumplirían cuando llegara la siguiente luna, pues entonces llegarían barcos trayendo a sus amigos, e hicieron señales para indicar que estos vendrían en gran número.

En efecto, las noticias eran desoladoras para los colonos. Se reunieron de nuevo en el anfiteatro verde donde se habían congregado anteriormente, y muchos recordaron con tristeza cómo las cosas habían empeorado desde aquel día. La presencia de aquel terror los unió a todos, aunque parecía que no había nada que hacer. Los proyectos de construcción naval habían sido abandonados hacía tiempo debido a sus conflictos internos, y las pequeñas embarcaciones en las que cruzaban la laguna eran completamente inútiles para viajes largos en esta época del año; pero, puesto que no todos podían abandonar la isla, ninguno se planteaba abandonar a sus compañeros en la miseria.

Además, si hiciera falta otra razón para su permanencia, todos, salvo los niños y los hombres y mujeres muy jóvenes, llevaban la marca que les hacía imposible vivir en otro lugar.

Y entonces se oyó una voz entre la ansiosa compañía, a la que todos prestaron atención, pues la mayoría la conocía bien. Era la voz de una mujer, la voz de una de las primeras colonas del Oeste, atraída allí no por simpatías políticas ni por sentimientos comunistas, sino simplemente por la idea

de que allí, si en algún lugar, encontrarían almas enfermas que curar, cuerpos enfermos que cuidar y mujeres y niños pequeños que necesitaran ayuda y atención. La llamaban «Nuestra Hermana», y nadie sabía nada de su familia ni de su historia. De aquellos a quienes consoló en la enfermedad o en la adversidad, todos estaban seguros de que profesaba la fe que su madre les había inculcado de pequeños; algunos habrían jurado que pertenecía a la Iglesia de Roma; los rusos la reclamaban como suya; algunos rebeldes autogobernantes galeses estaban seguros de que pertenecía a la Conexión Metodista Primitiva; y un grupo de hombres rudos de las regiones siderúrgicas inglesas estaban aún más seguros de que su dulce voz era la de una cuáquera de un valle aislado de Yorkshire.

No importaba.

Casi sola, había escapado del círculo más recóndito de Occidente durante el incendio de la iglesia, gracias a que ese día cuidaba a un niño pequeño con fiebre cuya madre acababa de fallecer. Desde entonces, los malos hábitos y la vida descuidada habían provocado una gran propagación de esta terrible enfermedad, y la hermana había ido de un lecho de enfermo a otro llevando medicinas y la sanación de su presencia. Había quienes decían que algo milagroso residía en el roce de sus manos y en el susurro de su oración.

Fue su voz la que resonó entre la multitud aquel día. Estaba de pie sobre un pequeño montículo entre la enmarañada

vegetación de flores perfumadas, casi en medio del gran anfiteatro, y en el perfecto silencio de sus oyentes y la quietud del aire puro y sin viento, cada sílaba se oía con claridad.

Dijo que estos problemas les habían sobrevenido, como bien sabían, por su propia necedad y disensiones; que ahora, si de verdad estaban unidos, podrían resistir a sus enemigos y obligarlos a vivir pacíficamente en su parte de la isla, obteniendo sus provisiones del arrecife del norte, que era muy fértil, y sin cruzar las colinas; que si, aprendiendo de la debilidad que habían traído sus desórdenes, se proponían fortalecer una forma sencilla de gobierno, aún podrían vivir vidas pacíficas y felices en la isla. Si la nueva compañía de bandidos los encontraba así unidos y fuertes, podrían someterse a la misma ley que los demás; pero ¡ay!, la luna estaba casi llena. Había poco tiempo para tales medidas, aunque todos hicieran lo posible.

Pero había un arma que todos habían descuidado durante mucho tiempo, el arma de la oración, y les rogó a todos que se arrodillaran a su alrededor.

La multitud, tomada desprevenida y en un estado de ánimo serio, no pensó en burlarse de ellos; de hecho, la amaban, y eso era suficiente.

Su dulce y penetrante voz parecía rozar el cielo despejado mientras confesaba los pecados de aquella compañía y

reconocía su necesidad de todas las cosas; y con palabras que reclamaban como don seguro otorgado por la mano amorosa de un padre, lo que otros habrían pedido tímidamente como un favor dudoso a un rey lejano, parecía aferrarse de inmediato con mano firme a toda la ayuda infinita oculta en el depósito de la Voluntad Celestial.

Ella reclamó para aquella compañía no solo seguridad, sino también bendiciones y alegrías inimaginables para cualquiera; y cuando terminó, un gran “Amén” se alzó de toda aquella extraña congregación.

En ese instante se oyó un grito salvaje proveniente de quienes se encontraban en la cresta oriental del cráter, que dominaba el mar y la abertura en el arrecife por donde los barcos entraban a la laguna. Un barco cuyas líneas eran demasiado conocidas estaba a la vista: los bandidos se acercaban.

Toda la asamblea escaló las laderas del cráter y la larga cresta de la colina que se extendía más allá, y se detuvieron mirando hacia el mar. El barco se acercaba rápidamente, cuando quienes conocían la costa observaron que, en lugar de seguir el sinuoso canal de aguas profundas que conduce a la entrada de la laguna, se dirigían apresuradamente hacia un gran arrecife hundido al norte de este, donde el mar, inusualmente tranquilo, no rompía como solía hacerlo en la mayoría de las estaciones.

Vieron a una multitud de bandidos correr hacia la orilla haciendo señas a los que iban a bordo, pero ya era demasiado tarde. El barco chocó y se hundió al instante en las profundidades insondables del agua fuera del arrecife. Los bandidos que estaban en la orilla nadaron a través de la laguna y, tras correr de nuevo sobre el arrecife, nadaron hacia el barco hundido y se lanzaron al agua con la esperanza de salvar a sus amigos. Pero durante ese breve lapso de tiempo, la marea, que cambia de dirección repentinamente en ese lugar, trajo de nuevo grandes olas que rompieron sobre las rocas sumergidas y en el borde exterior del arrecife, y muchos de los que nadaron hacia los restos del naufragio se ahogaron⁶.

Nadie pudo saber jamás por qué el barco tomó el rumbo equivocado; quizás, al haber realizado el viaje anteriormente, el capitán se aventuró sin piloto.

Para todos los que se encontraban en la cresta de la montaña y vieron lo que sucedió en ese breve lapso de tiempo, parecía que su plegaria había sido escuchada.

⁶ Se consideró que el número ahora reducido de bandidos ya no representaba un peligro si el resto de la sociedad era ordenada y fuerte; pues más adelante se demostrará que incluso una asociación libre para el ordenamiento de un estado debe ser capaz de lidiar de alguna manera con los desordenados.

Capítulo IV

“Ama y haz lo que quieras.”

Al día siguiente se convocó otra gran reunión.

Su liberación y la forma en que se produjo provocaron un gran cambio en muchos, especialmente en los menos instruidos de la comunidad, quienes experimentaron entonces una conversión: esa inversión del egoísmo natural que hace que el yo quede en último lugar en los pensamientos del hombre, y que también lo lleva a percibir una Presencia en lo Invisible. Menciono esto porque cambió profundamente la naturaleza de sus deliberaciones. No afirmo que estas conversiones hubieran tenido un efecto duradero de no ser por ciertos acontecimientos que siguieron.

Todos deseaban que se restableciera el orden en la isla. Aquellos que no eran verdaderamente anarquistas en principio, sino más bien demócratas, propusieron una forma de contrato social mediante el cual podrían “conferir todo su poder y fuerza a un solo hombre, o a una asamblea de hombres, que podría reducir todas sus voluntades, por pluralidad de voces, a una sola voluntad; lo cual es como decir, designar a un hombre, o asamblea de hombres, para que porte su Persona: y que cada uno reconozca y se considere Autor de todo aquello que aquel que porte su persona actúe o haga actuar en aquellos asuntos que conciernen a la paz y seguridad comunes; y en ello someter sus Voluntades, cada uno a su Voluntad, y sus Juicios a su Juicio. Esto es más que consentimiento o concordia; es una verdadera Unidad de todos ellos, en una misma Persona, hecha por pacto de cada hombre con cada hombre, de tal manera, como si cada hombre le dijera a cada hombre: 'Autorizo y cedo mi derecho a gobernarme a mí mismo a este Hombre o a esta asamblea de hombres, con esta condición, que tú renuncies a tu derecho a él'. y autorizar todas sus acciones de la misma manera.'"

Estas palabras son originalmente de Thomas Hobbes de Malmesbury, y fueron pronunciadas, o algo parecido, en esta ocasión por un joven inglés de noble cuna y modales refinados, pero de ideas muy poco nobles cuando llegó a la isla. No era de los que llegaron por voluntad propia, sino que, tras numerosas advertencias, había seguido reuniendo a

grandes grupos de hombres en las plazas de Londres para exhortarlos a la revolución.

Sin embargo, como hemos visto, sus ideas eran bastante anticuadas, y su propuesta encontró bastante oposición. ¿Quién, se preguntaba, debía ser el órgano de gobierno? ¿Cómo se elegiría? ¿Quién debía elaborar y hacer cumplir las leyes? Todas las viejas y recurrentes dificultades, aunque no extintas, en torno a las elecciones, las minorías y las oligarquías, parecían presagiarse en la isla, que al menos nunca había conocido estos males; y el joven, a medida que avanzaba la discusión, se sentía equivocado.

Pero la voz que ese día se hizo oír con mayor claridad y contundencia fue la de un príncipe ruso, convencido, como siempre, de que en la anarquía —la ausencia de todo gobierno— residía el único orden verdadero de la sociedad. Siempre había reconocido que, para tal fin, eran necesarios ciertos principios morales reconocidos por toda la comunidad. Al llegar a la isla, creyó que la mera ausencia de leyes externas desarrollaría en los hombres esa moral natural de la que, bajo la influencia del gobierno, se habían apartado; y se opuso a la labor de los sacerdotes de Occidente argumentando que las restricciones artificiales de la religión son tan fatales como las leyes civiles para el libre desarrollo de esta virtud natural. Pero había visto qué frutos daba la naturaleza humana común cuando se la dejaba en libertad. Su alma había despertado al descubrir que la moral

con la que había soñado, encendido y vivido no podía ser otra que la vida de la Cruz.

En verdad, al igual que el viejo erudito del asentamiento occidental, su corazón había estado durante mucho tiempo habitando el lugar del servicio humilde y la muerte al yo, sin conocer el significado de tal vida, ni expresarlo con las palabras de la fe cristiana; pues la fe cristiana que le habían enseñado había estado encerrada en libros sagrados y disfrazada en imágenes sagradas, y así oculta a sus ojos.

Pero la noche anterior a esta convención, después de la gran liberación, él había subido a la ladera occidental de la montaña y había encontrado a la Hermana sentada en silenciosa meditación a la puerta de su casa, agotada por todas las ansiedades y los acontecimientos del día, y por la reacción que experimentan todas las personas de naturaleza noble después de momentos de tensión y excitación. El pensamiento de los bandidos ahogados, del estado inestable de la isla, de la maldad que abundaba y de su propia impotencia para el bien, pesaba sobre su espíritu sensible. Estaba del mismo humor que Elías cuando dijo: «¡Ojalá pudiera morir ahora!».

Para aquellos que se sienten cansados y anhelantes de todo, el llamado suele ser a trabajar y a dar; y así fue aquella tarde con la Hermana. Conversaron junto a la puerta de su casa hasta que la luna llena descendió del cielo del norte hacia el mar occidental; y mientras hablaban, lo invisible

parecía la única realidad. La profunda esperanza y fe en la que la Hermana había vivido y se había movido durante tanto tiempo se comunicaron en ese momento al alma buscadora del Príncipe; todo su ser se elevó para recibir la nueva visión del Mejor; y cuando se despidió del maestro a quien tanto debía, no fue para regresar de inmediato a su hogar en la costa sur. Subió por un sendero empinado hasta la cima de la montaña, y allí, hasta que la luna se ocultó y el amanecer llegó sobre el mar, se conectó consigo mismo y juró solemne lealtad al Maestro que había elegido.

Hoy, lleno de esperanza y confianza, se levantó entre el pueblo y les expuso su plan de una anarquía cristiana: una sociedad de hombres liberados de toda ley externa, liberados de la esclavitud del egoísmo y de los malos deseos, por ser siervos voluntarios de un Señor santo.

Como hemos visto, no fue el primero en hablar en la asamblea; su antiguo e inquieto deseo de hacerse oír había desaparecido; estaba revestido de una nueva humildad. La causa por la que abogaba no era la suya, sino la de Aquel que no se apresura:

"Día a día,

Y año tras año Él se demora: poca necesidad

Que el Señor se apresure.

Se ha demostrado que el pueblo estaba dispuesto de corazón a tal llamamiento. No se alzó ni una sola voz en su contra; todos parecían impulsados por un gran entusiasmo por el bien común; todos anhelaban únicamente que se cumpliera la voluntad suprema.

Esto no resultará extraño para quienes comprenden la efervescencia de los tiempos recientes y recuerdan la frecuencia con la que, en la historia de la religión, se ha producido el despertar repentino, impulsado por una fuerte convicción, de grandes multitudes. No diré que este despertar fue completamente distinto a otros similares; solo diré que sus consecuencias fueron más duraderas que las de muchos otros.

Con un pueblo de este temperamento, la estructura de la nueva organización política parecía más la construcción de una Iglesia que la organización de una Mancomunidad.

Sin embargo, en realidad no se parecía a ninguna de estas dos cosas. Decidieron que ninguna ley escrita, ningún libro religioso escrito, ningún credo formal tendría cabida entre ellos. Habían visto cómo legislar implica quebrantar la ley, y decidieron que su regla de vida sería simplemente esto: un principio, una pasión, no un mandato; solo esto: Amor a un Señor vivo, en quien reconocían la perfección de todo lo que la mente humana puede concebir como lo más santo y lo mejor, a quien sabían que siempre estaba entre ellos. En

todas las tribulaciones y dificultades extendían sus manos en oración y experimentaban Su presencia.

Dados estos pensamientos, el hecho de que todos los libros de los sacerdotes se hubieran consumido en el incendio de la iglesia fue más un avance que un obstáculo para su labor. No intentaron, como bien podrían haber hecho, reconstruir un libro de fe a partir de las palabras y pensamientos que la hermana y algunos otros conservaban en su memoria.

Estas enseñanzas eran aún más valiosas porque debían transmitirse de persona a persona, una y otra vez, hasta que en el corazón de todos quedaran grabados, como joyas brillantes, fragmentos de verdad perfecta y destellos de sabiduría mística. Las más preciadas eran la parábola de la vid y sus sarmientos, la historia de la cruz, el «Sermón de la montaña» y muchos dichos como estos: «La letra mata, pero el Espíritu da vida»; «El que ama su vida, la perderá»; muchas palabras de San Pablo, y especialmente aquellas que hablan de la lucha del alma por liberarse de la única tiranía verdadera, y la espléndida anarquía de los esclavos de Cristo; muchos dichos de Tomás de Kempis, de Tauler, de Molinos y de Marco Aurelio, muy queridos por la hermana; muchos fragmentos de poemas e himnos que ella amaba y había aprendido; muchos hermosos himnos antiguos que algunas de las esposas de los socialistas alemanes recordaban y cantaban. Pero sería imposible siquiera insinuar las palabras elegidas que regían la vida de aquella feliz comunidad, en

cuyas voces resonaba el dulce himno de alabanza que se elevaba al amanecer e incluso entre los árboles del pan. No se reunían para adorar ni para cantar, pues cantaban y adoraban en todas partes.

Nadie consideraba nada como suyo; y cada uno estaba deseoso de encontrar oportunidades para ayudar a los demás con su fuerza o sus recursos.

Pero en cuanto a los bandidos, incluso el Príncipe llegó a dudar de la conveniencia de la anarquía. Ciertamente, no eran tan fuertes, ni el resto de la comunidad tan débil, como para no poder ser obligados a someterse a las leyes; pero parecían incapaces de comprender los rudimentos de esa ley interna que él consideraba necesaria para la paz de un país regido por los principios de los que hemos hablado.

Así pues, en un día tranquilo, los llevaron en barcas de la laguna a una pequeña isla vecina, donde encontrarían abundante comida, pero no madera de gran tamaño con la que se pudieran construir barcos; y los dejaron allí para que resolvieran por sí mismos el problema que acababan de solucionar en Meliora.

Es imposible saber cuánto tiempo habría durado la Anarquía, que en realidad era una Teocracia, en paz ininterrumpida. Es posible que, aunque los hijos de los primeros colonos anhelaban apasionadamente un orden establecido y eran fervientemente religiosos, sus

descendientes mostraran un resurgimiento de tendencias negativas, y que aquellos que no recordaban los primeros y terribles días de conflicto en la Isla hubieran avivado deliberadamente un espíritu de desorden; pues el mundo y todas las esferas ascienden en espiral hacia ese punto del Cielo donde finalmente descansarán, y siempre vuelven al mismo punto, solo un poco más alto que antes.

Lo que sucedió fue esto.

Poco después del tiempo del que he escrito, tras la muerte de la Hermana, quien fue enterrada según su deseo en lo alto de la montaña, el Príncipe fue una tarde a sentarse un rato junto a su tumba y a recuperar fuerzas comulgando con el espíritu que lo había guiado por primera vez hacia el camino de la alegría.

Había sido un día bochornoso, y la brisa que solía refrescar la isla al atardecer estaba dormida; ni una pizca de aire lograba disipar la pesada atmósfera.

El corazón del Príncipe también estaba afligido; solo la ayuda oculta que nunca falla lo sostenía en la vaga depresión que lo invadía.

De repente, oyó un extraño estruendo en la montaña bajo sus pies; la tierra tembló, y al ponerse de pie de un salto, vio una visión espantosa: el mar se retiraba del arrecife, absorbía la gran laguna y se precipitaba sobre la isla,

subiendo por encima del arrecife, sobre la franja de palmeras, sobre todas las casas apacibles de abajo. Esto se repitió dos veces mientras descendía tambaleándose desde la cima de la montaña; y cuando pasó la violencia del temblor, el cráter se extendía a sus pies como una laguna salada, y sobre toda la fértil llanura el mar permanecía profundo e inmóvil.

De todos los habitantes de aquella tierra, él era el único que quedaba.

Para una persona como él, la soledad no tenía nada de terrible, ni le pareció que todo aquel horrible suceso fuera tan triste como lo habría sido oír una sola palabra malvada de los labios de un niño.

Tras esto, vivió durante algunos años una vida de meditación y paz, encontrando el alimento justo para sus necesidades entre los frutos de los bosques de alta montaña. Un día, en su avanzada edad, una barcaza que buscaba agua entró en la laguna. Lo embarcaron y llevó consigo un manuscrito que había escrito en trozos de corteza de árbol, relatando la historia de la isla. Un sacerdote jesuita que regresaba en la barca de una misión al recién colonizado continente antártico recopiló y transcribió los detalles de su relato.

No hay nada más que contar. El viejo príncipe murió durante el viaje, contento de partir tan pronto como hubo contado su historia.

Durante sus años de soledad en la cima de la montaña, llegó a ver muchas cosas con claridad. Le contó al padre jesuita, bajo el secreto de confesión, cuáles eran esas cosas, más allá de lo que aquí se ha escrito.